

El Estado agoniza, viva la sociedad

ALDEMARO ROMERO DIAZ

La prominencia del Estado, a lo largo de nuestra Historia, nos ha marcado profundamente: el Estado o gobierno (la gente confunde el uno con el otro), es el que tiene que resolverlo todo y, por consiguiente, el Estado es también el culpable de todo lo malo que pasa.

Con el fracaso del Estado, en éste y otros países democráticos, en materia de seguridad ciudadana, educación pública, asistencia social y conservación ambiental, es necesario buscar otras fórmulas que, si bien no lo pueden sustituir totalmente, lo deberían complementar y aliviar en sus deficiencias. Después de todo, el cuestionamiento de la capacidad del Estado para llevar a término las tareas que se había fijado, se transforma en oposición a su legitimidad para ejercerlas.

De otro lado, la soberanía, atributo por excelencia del Estado, se bate en retirada, tanto por exceso como por defecto. Por exceso, por la globalización de los problemas ecológicos, de la comunicación, la cultura, los negocios y la creciente intergubernamentalización de las decisiones internacionales. Por defecto, porque el Estado es cada vez más ineficiente en resolver los problemas diarios, como el de los servicios públicos; o en conducir los cambios positivos en materia macroeconómica a los bolsillos de las clases marginales.

Todo esto, lejos de llevarnos al ideal del anarquismo puro de la disolución del Estado o al de las ideologías fascistas y comunistas de sobredimensionalismo, debe conducirnos a reemplazar la utopía del Estado por la de la sociedad civil.

No queda duda que muchas de las grandes transformaciones que están ocurriendo en el mundo tienen su motor en la sociedad civil organizada: los grupos am-

bientalistas en los países desarrollados, solidaridad en Polonia, grupos de derechos humanos en todo el mundo. Ellos demuestran cómo se pueden lograr grandes cambios políticos sin pertenecer a partido alguno (al menos en términos convencionales) ni siendo un funcionario público. En el fondo, ellos no son más que formas organizadas de lo que pioneros como Mahatma Gandhi o Martin Luther King hicieron en su momento: catalizar grandes cambios sociales y políticos sin jamás haberse presentado a una elección popular ni haber ocupado cargo político alguno.

Así, pues, la sociedad civil organizada alberga todas nuestras esperanzas y a ella confiamos la tarea capital de recomponer la sociedad. Pero para que ello sea posible, es esencial que el Estado, el pueblo y los que conforman esa sociedad civil organizada, vean ciertas cosas con claridad. Por un lado, el que esos grupos deben ser totalmente independientes del Estado: nada más retorcido que ver asociaciones civiles que solicitan y aceptan subsidios del gobierno de turno, ya que eso desvirtúa su independencia de acción y, por ende, su capacidad para generar cambios que el propio Estado ni puede ni quiere que se produzcan; en segundo lugar, esas asociaciones civiles están para fiscalizar la acción del Estado. Sin embargo, pareciera como si nuestra relación entre Estado y sociedad civil tuviera que ser de compadrazgo o convidados de piedra, sumidos en el miedo a la opresión, a ser ignorados o vilipendiados.

Si miramos las páginas de la Historia, entonces veremos cómo sólo de la confrontación civilizada se genera la luz; de ese conocimiento, las exigencias de cambio; de esas exigencias, las transformaciones que nos harán una sociedad mejor.

Entonces y sólo entonces seremos más democráticos, eficaces y felices.

233

15/5/92

EL NACIONAL